

sobre el hombre para aprisionarle con dulzura y tirar hacia sí cuando sea conveniente. Son dádivas preciosas de Nuestro Señor Jesucristo que nos otorga para regenerar nuestro espíritu. Son medicamentos espirituales que nos receta y ofrece el Divino Médico para sanar de nuestras dolencias. Son manantiales purísimos de gracias santificantes que brotan perennemente en beneficio nuestro. Son acueductos espaciosos por donde corre mansamente el agua de vida eterna. Son memorial perfecto de todo cuanto Jesucristo ha obrado por nosotros. Son fuego sagrado que arde constantemente para calentar nuestra fría indiferencia. Son focos intensísimos de vida sobrenatural cuyos puros destellos irradian sobre nuestro espíritu para inflamarle en deseos santos. Son, en una palabra, emanaciones divinas que se infunden en nuestro corazón para perfeccionarlo, santificarlo y divinizarlo.

¿Qué decir más de las excelentes cualidades que brillan en los Sacramentos de la Iglesia Católica? ¿Qué decir de su grandeza, de su utilidad, de su hermosura? Desde el punto de vista espiritual no hay medio en el mundo que anime, eleve, dignifique y engrandezca tanto al hombre como los Sacramentos. Ellos saturan el humano espíritu de una atmósfera despejada, ligera, clarísima, sonriente y divina. Desde el punto de vista moral los Sacramentos devuelven al hombre probo, honrado, justo y santo. Ellos destruyen el gusano del egoísmo y encienden el fuego de la caridad en el cristiano hasta otorgarle el sacrificio heroico. Desde el punto de vista social, basta fijarse en una reunión de hombres cristianos que frecuenten debidamente los sacramentos y los hallaremos pacíficos, en dulce armonía, con elevación de miras, rebosando de inefable gozo y satisfacción envidiables. Ellos son los que únicamente pueden perfeccionar la sociedad y salvarla.

Sus efectos son, en verdad, seguros, eficaces, instantáneos, duraderos y eternos. Seguros, porque tienen virtud para causar la gracia que expresan; eficaces, porque obran por sí mismos, independientemente de los méritos del que

los administra; instantáneos, porque causan inmediatamente la gracia que significan; duraderos, porque mientras el receptor no ponga óbice á la gracia con pecado grave (excepción hecha del carácter impreso por el Bautismo, la Confirmación y el Orden que en todos casos subsiste) conservan siempre en aquél esta hermosa gracia; eternos, en cuanto que no sólo existirán hasta el fin de los siglos sino que su virtud hará eternamente felices á sus receptores.

Los Sacramentos del Catolicismo, por cuanto son vivificados con los relevantes méritos de Jesucristo producen unos la gracia santificante, ó sea: la unión del alma con Dios por medio de la caridad, como el Bautismo y la Penitencia, que por esta razón son denominados estos sacramentos *de muertos*. Otros aumentan esta excelentísima gracia con objeto de perfeccionar el alma, y algunas veces *per accidens*, según expresé anteriormente, causan la gracia santificante, como la Confirmación, la Eucaristía, Extrema-Unción, Orden y Matrimonio, á los que se califica sacramentos *de vivos*. Algunos imprimen indeleblemente en el alma de quien los recibe un signo espiritual por el cual el hombre se distingue de los demás, y le confieren potestad para algunos ministerios que pertenecen al culto de Dios, como el Bautismo que distingue al cristiano del infiel, la Confirmación que establece diferencia marcada en el mero cristiano y el cristiano soldado de Jesucristo y el Orden que separa en extremo al sacerdote de los seglares; y todos los sacramentos, en una palabra, causan una gracia particular y exclusiva denominada *sacramental*, enteramente distinta de la gracia santificante, que viene á ser un cierto auxilio divino para conseguir el fin del Sacramento.

En efecto; el *Bautismo* nos da virtud particular para conformar nuestra vida con la de Jesucristo. La *Confirmación* nos confiere fuerza especial para profesar constantemente en privado y en público la fe recibida. La *Penitencia* nos concede facultad singular para detestar los pecados cometidos y para no volver á incurrir en ellos. La *Eucaristía* nos otorga el derecho exclusivo de unirnos íntimamente con Je-

sucristo. Por la *Extrema-Unción* adquirimos los auxilios propios para resistir y desbaratar los planes del enemigo común. Por el *Orden* recibimos especial merced para ejercer dignamente los ministerios sagrados. Por el *Matrimonio*, finalmente, se consiguen particulares dones á fin de que los cónyuges guarden la fe prometida, eduquen cristianamente á sus hijos y sobrelleven con resignación las cargas matrimoniales.

¡Qué digna de aprecio es nuestra santa Religión, considerada desde el punto de vista de sus augustos Sacramentos! Su divino Fundador, sabiamente pródigo en las florecillas del campo al vestirlas de variadas hojas, adornarlas de vistosos colores y embalsamarlas de ricas esencias: admirablemente benéfico en las aves del espacio al cubrirlas de plumaje artístico: inmensamente dadivoso con las bestias de la tierra, al otorgarlas todos, absolutamente todos los medios de vida, desarrollo y perfección, no podía dejar de ser infinitamente magnífico y espléndido con el hombre, á quien redimió, para que tuviese en los Sacramentos, como en inmenso arsenal, todos los medios de vida, desarrollo y perfección santos, toda la variedad, armonía y riqueza de la gracia, para que, entrando en las vías de la santidad, caminase por ellas siempre y arribase, en último término, á la perfección de los justos en la eternidad. Por eso es por que nuestras justas admiraciones y nuestras reiteradas acciones de gracias no han de cesar jamás á la vista de los dignísimos Sacramentos del Catolicismo, haciéndonos con tal proceder sumamente acreedores á nuevos favores del cielo. Pero nuestras admiraciones han de crecer y nuestras gratitudes se han de multiplicar todavía más á la vista de un Sacramento que realza su inefable hermosura entre todos los demás; de un Sacramento que, despidiendo fulgores intensísimos, no podemos mirar; de un Sacramento de los Sacramentos, bello como Él solo, primero en dignidad y grande sobre los restantes, pues en Él se contiene no solamente la Gracia, sino lo que es más de maravillar, el Autor de la misma gracia; y de este Sacramento profundo conviene indi-

car su propia esencia, su infinita excelencia, y sus diversas acepciones, para que como breves preliminares del mismo podamos á continuación estudiar detenidamente cuanto á Él respecta y se refiere.

II

Es por lo tanto, el Sacramento Stmo. de la Eucaristía: *un Sacramento de la Nueva Ley, instituído por Jesucristo N. Señor, en el cual, y para la refección espiritual del alma, bajo las especies ó apariencias de pan y vino, se contiene verdadera, real y substancialmente el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad del mismo Señor Jesucristo*. Expliquemos sucintamente esta definición. La Divina Eucaristía es:

1.º *Un Sacramento*; y como Sacramento es un signo sensible, á saber: las especies ó apariencias de pan y vino que todos vemos y tocamos, consagradas por el sacerdote; pero es un Sacramento y no dos, por más que sean dos las especies ó materias de la Santa Eucaristía; esto es: el pan y el vino, y por más que se consagren y distribuyan varias Hostias consagradas, porque todo ello se ordena á un solo efecto y constituye un solo Convite.

2.º Es un Sacramento *de la Nueva Ley*; á saber: de la Ley de Gracia ó Evangélica, á diferencia de los sacramentos de la Ley antigua que lo prefiguraban y cuya necesidad reconocían.

3.º Es un Sacramento *instituído por N. S. Jesucristo* en la noche de la Cena, al tomar el pan en sus venerables manos, bendecirle y decir sobre él: Este es mi cuerpo etc.; y al tomar el cáliz con vino, bendecirlo y añadir: Esta es mi Sangre, etc.

4.º Es un Sacramento *para la refección espiritual del alma*; con lo cual se nos declara el efecto y fin de este Santo Sacramento, consistiendo su divino efecto en ser Pan del cielo y su ventajoso fin mantenimiento del alma que de Él participare.

5.º Es un Sacramento que, *bajo las especies ó aparien-*

cias de pan y vino; esto es: detrás de los accidentes eucarísticos de pan y vino, que permanecen milagrosamente sin sujeto ó sin substancia, con lo cual no vienen á ser mas que apariencias, no realidades, de pan y vino y que por eso mismo, ellas, y no el Cuerpo de Jesucristo, caen bajo la acción de nuestros sentidos.

Se contiene verdadera, real y substancialmente; verdaderamente, esto es: no con la figura sino con la misma realidad; realmente, á saber: no por la fe sino por medio de sí propio; substancialmente, ó sea: no por una virtud difundida sino por todo y el mismo Ser.

El Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad de Nuestro S. Jesucristo; no solo el Cuerpo y la Sangre considerados separadamente ó como muertos, sino según están en un cuerpo vivo, que por esta razón se halla también presente el Alma; y no solamente un Cuerpo y una Sangre vivos cualquiera, sino el Cuerpo, la Sangre y el Alma de N. S. Jesucristo, que es Hombre-Dios y que por esto se halla asimismo realmente presente la augusta Divinidad.

Este hermosísimo Sacramento no consiste tan solo, como los demás de la Iglesia, en el uso del mismo, sino en la acción permanente del Pan y del Vino consagrados; por manera que mientras las especies sacramentales se conserven incorruptas, allí está presente Jesucristo, allí hay verdadero Sacramento. En esta divina acción y en contener no solamente la gracia sacramental sí que también á su infinito Autor se diferencia realmente este Stmo. Sacramento de los demás, lo cual hizo con toda razón decir al Angélico que la Santa Eucaristía es en absoluto el más excelente entre los sacramentos (1). Por esto, exclamó asombrado el Agustino, que Dios, con ser omnipotente no pudo darnos más, con ser sapientísimo no supo darnos cosa mejor y con ser riquísimo no encontró mejor dádiva para nosotros (2). He ahí por que el Concilio Tridentino definió como dogma de fe, contra Lutero y sus secuaces, que no todos los sacramentos son igua-

(1) P. III, q. 65, a. 3. (2) Tract. 48 in Joan.

les entre sí, sino que entre ellos existe alguno más digno que los otros (1); y ¿quién, en vista de todas estas razones firmísimas, podrá poner siquiera en duda que el Stmo. Sacramento de la Eucaristía es el más digno y excelente de todos?

Con efecto; en el inefable Misterio de los altares se halla velado con las Especies eucarísticas el mismo Hijo de Dios que allí brilla con los mismos intensos fulgores que en el cielo; pero en los demás sacramentos nada de esto encontramos, como no sea cierta participación difusiva de la gracia divina. En el Sacramento del Altar se nos otorga toda la virtud santificante; mientras que en los restantes sacramentos únicamente se nos concede parte de este mismo don. En el Sacramento eucarístico es el propio Jesucristo quien viene á nosotros para atraernos, robarnos y unirnos á sí con el fin de transformarnos en otros cristos; al paso que por los otros sacramentos sólo se digna el Salvador mandarnos su gracia que, aunque nos la conceda para unirnos á El espiritualmente, empero no de un modo tan inefable y corpóreamente como lo verifica el Augusto Sacramento Santísimo.

Además, este adorable Misterio es el foco de la luz y del amor divinos, el Sacramento al cual se ordenan los demás y el Centro de todo el Cristianismo. En ninguna obra ciertamente, resplandece tanto la caridad inagotable del Salvador como en la de la Eucaristía, en la cual nos ha querido hacer ver, como en pequeño y lindo Mapa, todas sus grandezas, todas sus misericordias y todos sus amores, dándose á sí propio en comida, como última prueba de acendrado afecto hacia los hombres.

Los sacramentos, en general, se ordenan admirablemente hacia Él, ora como preparación necesaria para conseguir un bien tan excelente, ora como medio maravilloso para conservar y perpetuar sus inmensos beneficios. Él se destaca brillantemente entre los demás, y abre, por decirlo así, su bienhechora mano para enriquecerlos con su virtud omnipotente.

Todo el Cristianismo converge hacia el Sacramento de la

(1) Sess. 7, c. 3.

Eucaristía. El dogma, la moral, la disciplina, la liturgia y el culto, á Él se dirigen y de Él adquieren nuevas fuerzas y hermosura sin igual. Si todo el asunto de nuestra Religión veneranda estriba en la unión perfecta del hombre con Dios; ¿en qué lugar hallaremos el medio más poderoso para efectuar esta unión; diré más: el medio más propio y absolutamente perfecto y dulcemente arrobador, sino en el bello Sacramento eucarístico que nos liga, que nos une con el Excelso y que en último término endiosa nuestro espíritu?

Un Misterio tan mágico, tan inmenso y tan infinito, en atención á las diversas necesidades del hombre, es considerado justamente de tres diferentes maneras, á saber: como Sacramento, como Sacrificio y como Viático.

Como Sacramento es la comida y el sustento del alma; como Sacrificio es la perfecta oblación que presentamos á Dios en testimonio de nuestro reconocimiento hacia Su Magestad altísima; como Viático es el ánora poderosa de nuestra salvación. Con el Sacramento nos nutrimos á satisfacción de Dios; con el Sacrificio le tributamos las debidas gracias; con el Viático arrojamos el largo puente por donde hemos de pasar del tiempo á la eternidad. Es el Sacramento fuente inagotable de mercedes eternas y el Sacrificio oficina donde se nos dispensan, mientras que el Viático se nos otorga como arras de la conquista de la gloria. Como Sacramento obra Jesucristo amigablemente con el que le recibe, consolándole en sus amargos pesares, ayudándole en sus buenas empresas, cumpliéndole sus cristianos deseos, animándole á la lucha con sus enemigos y colmándole de preciosos favores; como Sacrificio, Jesucristo se interpone entre su Padre y los hombres, constituyéndose como fiel abogado, defensor de nuestras causas, medianero de nuestras déudas contraídas con el cielo y al fin como perdonador de las mismas; como Viático es Jesucristo quien nos lleva de la mano á la vista de la celestial Jerusalén y, abriendo Él mismo sus eternas puertas, nos hace penetrar amorosamente en esa suspirada Ciudad para darnos solemne posesión de la misma.

Sí; este Misterio, considerado en las tres mencionadas acepciones, es el consuelo, el gozo, el bien y la felicidad del hombre. Nada de cuanto éste puede apetecer en orden á su final destino deja de encontrar en el soberano Misterio eucarístico, razón por la cual es su imperioso deber estudiarlo con empeño, meditarlo con detenimiento y ponderarlo con afición, seguramente que así podrá obtener un inefable consuelo.

Cierto, desgraciadamente cierto, es que hoy en el mundo por el falaz prurito de ir á donde todos van y de practicar lo que todos practican, apenas se leen asuntos referentes á nuestra santa Religión y mucho menos se examinan y se ponderan á fondo cual dichos asuntos requieren y merecen. Al decir esto inútil es añadir que tampoco hay empeño, ni siquiera curiosidad de pasar un breve rato en la lectura de los amores del Dios-Hombre Sacramentado. Todo el tiempo lo absorben los negocios mundanos y la lectura de las revistas y periódicos. Lo demás se toma como innecesario, ya que no se crea ser inútil del todo. Esto da á entender muy á las claras el estado actual de la sociedad cristiana; en su fisonomía se revelan el abatimiento y la tristeza que ocuparon el lugar del ánimo para el bien obrar. ¡Ah! es que se olvidó acudir á Jesucristo Sacramentado, fuente de gozos y energías, y se olvidó acudir á Jesús Sacramentado porque poco á poco se olvidaron sus finezas y excelencias. Claro está, no se estudian los libros que de Él se ocupan, no se meditan sus obras, no hay empeño al menos en orar y preguntar al que sabe, en oír y ponderar en silencio, y la fe lentamente se ahuyenta, se escapa, se desvanece como por grados se ahuyenta, se escapa y se desvanece al propio tiempo el amor á Jesucristo.

En este supuesto debe el católico proponerse estudiar á Jesucristo y sus excelencias, estudios que á más de dejar en el fondo del alma gozos inefables sirven también de sólida base para edificar en el santuario de la conciencia individual y social el más bello y necesario edificio de nuestra regeneración en Jesucristo Sacramentado.